

**LEMEBEL, PEDRO. (2001). *TENGO MIEDO TORERO*. SANTIAGO DE CHILE:
PLANETA.**

Reseñado por Rebeca Pineda
Universidad Central de Venezuela
rebecapineda82@hotmail.com

Una historia de amor se entreteje en medio de un “Santiago que venía despertando al caceroleo y los relámpagos del apagón” (Lemebel, 2001: 7). La homosexualidad y sus vicisitudes, la dictadura y el bolero, el travestismo y la imposibilidad de la correspondencia amorosa son temas que Lemebel logra combinar con naturalidad, desenfado y nostalgia en esta novela. “La Loca del Frente”, un travesti cuya edad y deterioro le obligó a jubilarse de la prostitución y establecerse en un barrio para vivir del bordado de manteles, se enamora de un estudiante revolucionario cuyas únicas referencias descriptivas vienen casi siempre del imaginario erótico y onírico que “La Loca” despliega a través del deseo, la música y el enamoramiento. Carlos, el revolucionario, resulta ser un miembro del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, un movimiento estudiantil de izquierda que planea sabotear el mandato del presidente del país. Carlos pareciera aprovecharse del amor que le profesa el travesti para realizar reuniones clandestinas y esconder paquetes misteriosos en su casa. El lector se mantiene ante la expectativa de no saber lo que siente Carlos; una expectativa nunca esclarecida del todo en la obra.

El elemento político en la historia amorosa, la atmósfera de turbulencia gubernamental que rodea a la “relación”, le permite al autor entrelazar con absoluta naturalidad la historia de “El Dictador”, del presidente como gobernante y como hombre, de sus miedos y recuerdos de infancia, de su relación con su esposa e inclusive, y para bien de la unidad temática de la novela, de su relación con la homosexualidad a través de su homofobia.

A partir del primer acercamiento entre Carlos y la Loca, en el primer capítulo, el motivo del segundo gira en torno a la presencia del amado, es decir, de Carlos idolatrado por La Loca. Se trata de una relación de pocas experiencias compartidas, de escaso contacto físico, basada prácticamente en las imágenes que la Loca reproduce constantemente cuando Carlos está y no está ante él. Regodeándose entre la

melancolía que incita la vejez y la aparente indiferencia de un hombre más joven que ella, La Loca comparte y reparte su pesar con boleros mediante el dispositivo de un objeto que se torna muy preciado: un radio. El bolero, sus letras y cadencias, invaden la trama. Cada situación con Carlos se ajusta a una estrofa que armoniza a la perfección con la esencia y forma de la historia. El bolero define así el sentido amoroso de la novela. El título mismo de la obra responde a una canción de Sara Montiel cuyos versos son recitados en varias ocasiones de la trama: “¡Tengo miedo torero/ tengo miedo que en la tarde/ tu risa flote!” La historia se desenvuelve, entonces, en la intranquilidad que trae cada visita de Carlos; un miedo al amor no correspondido y, al mismo tiempo, a sentir en carne propia lo que interpretan las letras de los boleros.

La pintura de los ideales políticos de Carlos permita al autor desplegar ciertos problemas sociales de su país. En este sentido, la novela revela una ideología de izquierda; sin embargo, el personaje de La Loca ayuda a mantener un equilibrio, y no precisamente porque sea del bando contrario al del joven idealista. Lemebel muestra a La Loca con rasgos políticos verdaderamente sensatos, a pesar de ser el personaje con menor formación intelectual e inexperto en el terreno de la lucha factual. La Loca asevera sentir rechazo por la política, pero no puede separarse de ello debido a la atmósfera caótica de la novela y a las actividades de la persona que ama. Entre boleros e informes de radio de izquierda y derecha, la Loca acepta sigilosamente ayudar a Carlos a llevar a cabo sus objetivos. En el desarrollo del sentimiento amoroso que se acrecienta y de los planes de derrocamiento del presidente, la Loca es testigo de un escenario lleno de injusticias y pesares de toda índole, sin duda achacables al poder del Estado (en este caso, el gobierno del dictador Augusto Pinochet).

A medida que la estocada del Frente avanza, las vidas del mandatario y de los protagonistas se entrelazan. El supuesto cumpleaños de Carlos (todo sobre Carlos es incierto, incluso su nombre) y el del presidente se dan casi al unísono. Las dos celebraciones muestran la cara de una misma moneda, la del amor y el desamor, la de las diferencias ideológicas, la de la riqueza y la escasez, la de la fama y el anonimato. El presidente recuerda un cumpleaños de la niñez al que no asistió ningún otro niño. Las dos

caras de una misma historia, de un mismo personaje y lo que se encuentra detrás de las victorias.

La historia de amor se hace cada vez más complicada. Un enamoramiento aparentemente no compartido y el peligro que representa la situación política para los sectores enemigos del gobierno desemboca en un posible alejamiento de los protagonistas. Ya la novela ha demostrado cómo en ella se trabajan muchos de los estadios temáticos que abordan las letras de los boleros, que van desde la idealización del otro, la negación de diferencias y la irremediable aceptación del infortunio. La Loca sabe de boleros y sabe de amores fracasados. Y poco se sabe de las pequeñas historias de amor y tragedia que se desarrollan en medio del gran fantasma de la guerra y la opresión.